

ALEJANDRO GRIMSON

INTRODUCCIÓN

CUANDO A FINES DE 2001 comenzábamos a pensar una nueva etapa para el Grupo de Trabajo de Cultura y Poder de CLACSO, después de años de trabajo coordinado por Daniel Mato y antes de iniciar efectivamente las tareas en 2002, la Argentina vivió una gigantesca conmoción. El modelo económico asentado en la convertibilidad del peso, articulado con un dispositivo político que vaciaba de sentido cualquier proyecto de representación y con un imaginario social que fantaseaba con el ingreso al Primer Mundo mientras una porción de la población quedaba excluida, estalló. Las protestas que crecían en las provincias desde mediados de los años noventa se convertían en un cacerolazo en la Capital, anunciando el fin de las ilusiones en el modelo de las clases medias, mientras los grupos piqueteros adquirían una nueva visibilidad y legitimidad social.

La sensación generalizada era que algo había llegado a su fin. No resulta claro si lo que había terminado era solamente un modelo o si tampoco era viable el país. Es cierto que hoy esa sensación puede parecer absurda. Quizás resulta tan inverosímil como hubiera parecido entonces, en medio de la tormenta, la certeza de que “siempre que llovió, paró”. Quizás aquella sensación generalizada de que el fin del modelo podía implicar el fin del país da cuen-

ta del éxito cultural de un proyecto económico y político que lograra instituirse como “única opción” (respetemos el oxímoron).

Aunque se habló durante meses del riesgo de “argentización” de América Latina (una metáfora disciplinante, diría Briones), el continente estaba conmocionado por procesos múltiples. En Venezuela el conflicto social y político asumía proporciones crecientes, con intentos de golpes de estado, huelgas por tiempo indeterminado y centenares de miles en las calles. En Colombia la violencia parecía dar nuevos saltos hacia adelante, con un país dividido en un sentido territorial, diferente al de su vecino. En Ecuador el movimiento indígena ganaba fuerza en su protagonismo y abría otras grietas en el sistema político. La lista continuaba con el Perú después de Fujimori, el Brasil donde llegaba al poder el Partido de los Trabajadores y avanzaba el Movimiento Sem Terra, y así sucesivamente.

Cada conflicto y cada crisis en un sentido eran y son únicas, específicamente nacionales. Las dinámicas culturales y políticas venezolanas, ecuatorianas, argentinas, y después bolivianas, eran y son, en una dimensión, muy diferentes. Mientras en un país domina un sentimiento compartido de frustración y el resentimiento se identifica con la nación, en otro prevalece la división dicotómica de la sociedad y cada parte sólo imagina el triunfo de su fracción sobre la base de dominar al adversario. Mientras en un país la política aparece reiteradamente vestida de ejércitos y la muerte deviene cotidianidad, en otros los niveles socialmente aceptados de violencia son comparativamente bajos y un gobierno puede adelantar la convocatoria a elecciones por haber producido dos muertos en la represión de una protesta. Mientras en un país los modos de identificación históricamente excluidos, como los indígenas, asumen el papel de la renovación del proyecto nacional, en otros las tradiciones de organización obrera o campesina reaparecen en nuevos agrupamientos y nuevas organizaciones. Mientras en algunos países los modos de acción resultan rutinizados y tienen dificultad en interpelar a amplios sectores sociales, en otros la efervescencia social deriva en una intensa renovación de los repertorios y las *performances*.

Estas importantes diferencias derivan de historias particulares, instituciones y leyes distintas, modos de acción y sentidos comunes diferentes. Es decir, son parte de la diversidad de culturas políticas que hay en América Latina. Por ello, entre los países son distintos los sentidos de los muertos, los significados de un tipo de protesta o de una cierta medida política. Lo que aquí es “inadmisible” allá es “evidente”, lo que en un lugar es un signo de avance en otro lo es de decadencia, lo que en un país genera entusiasmos, en otro produce resignación. Se trata del papel de la cultura, es decir, de los sentidos ins-

tituidos para las prácticas, las creencias, las instituciones; de los códigos políticos y culturales sedimentados, compartidos por distintas fracciones que protagonizan las disputas en determinados escenarios nacionales.

En otro plano también hay una dimensión relativamente compartida, regional, de estos procesos. Desde fines de los ochenta e inicios de los noventa hubo un proceso global de institución del neoliberalismo como sentido común y único pensamiento económico-político viable. Eso no sólo se articuló con los ajustes estructurales en América Latina, sino con un conjunto de procesos políticos y culturales que encontraban un capítulo clave en la cuestión de la representación, el papel de los partidos, los movimientos sociales, los modos de acción. Este proceso todavía puede ser pensado desde el análisis de los nuevos horizontes simbólicos que anudaban los límites de la imaginación política en distintos países de América Latina estableciendo un límite preciso entre lo viable y lo absurdo, entre lo pujante y lo vetusto, entre lo inevitable y lo contingente.

Este fue el tema que convocó nuestro trabajo durante un año y medio. Se trataba de concentrar esfuerzos en dinamizar la investigación empírica y avanzar en debates comparativos acerca de los roles de la cultura en los procesos de crisis económica y política en América Latina. Es decir, desarrollar estudios de caso con potencialidad comparativa sobre crisis económica, crisis política y sus relaciones con la cultura. Esto implicaba discutir las relaciones varias de la cultura y las culturas en plural con los procesos políticos.

Especialmente, se buscó considerar dos dimensiones complementarias: “la cultura en la trastienda de la crisis” y “los usos políticos de la cultura en la crisis”.

La idea de que la cultura opera en la trastienda implica concebir que hay sedimentaciones históricas de los sentimientos de pertenencia, las redes sociales, las formas organizacionales y de acción y, en general, de la imaginación política, que aparecen como si estuvieran “dadas” en una situación, en una crisis, y compelen a los agentes a actuar en ese marco “independientemente de su voluntad”. Claro está que estas afirmaciones son polémicas: no hay pura subjetividad ni agencia *ex nihilo*. En todo caso, la fórmula que afirma la “independencia de la voluntad” puede complementarse considerando hasta qué punto los agentes son concientes de esas limitaciones culturales históricas, cómo actúan frente a esos límites de lo posible buscando transformarlos o tendiendo a reproducirlos.

Ese camino implicaba comprender las sedimentaciones históricas como condición de cualquier situación, en contraste con un subjetivismo extremo que considerase a las circunstancias como la resultante sólo de un conjunto

de voluntades encontradas. Más bien, los agentes continúan sin tener capacidad de escoger las circunstancias en las cuales, sin embargo, efectivamente “hacen la historia”.

Por eso, comprender los modos en que la cultura opera en la trastienda de las crisis implicó analizar las maneras en que esas crisis afectan y transforman imaginarios nacionales de pertenencia, relatos de comunidad y de nación que los propios estados parecen incapaces de sustentar en la actualidad. Complementariamente, preguntarse también de qué manera esos imaginarios y ciertas “tradiciones nacionales” inciden fuertemente en los modos en que las crisis son procesadas y respondidas de maneras muy diferentes en diversos países y por distintos sectores sociales, considerando las vivencias y expectativas, los modos de acción y organización. Sucede que la cultura que opera desde la trastienda es dinámica y, en ese sentido, no es una y continua en el propio desarrollo de la crisis. Por eso, resulta necesario estudiar cómo las crisis producen fisuras en las formas en que se proyectaron las relaciones de cada país con países centrales y países vecinos; también cómo se constituían las jerarquías y desigualdades en cada sociedad; o hasta qué punto las crisis producen grietas en los límites de la imaginación nacional (en los límites hegemónicos de los modos de interpelación, identificación y acción) y hasta qué punto esos límites se hacen presentes dramáticamente en las maneras en que las crisis son procesadas.

La otra dimensión central, la contracara de la idea de “trastienda”, se refiere a los usos políticos de la cultura en las situaciones de crisis. Se trataba de abordar los cambios que se producen en las identidades sociales y políticas en el proceso de crisis, los cambios en las formas de participación, inclusión/exclusión, en las formas de nominación, la difuminación o reaparición de identificaciones étnicas o nacionales. Por otra parte, se trata de considerar las políticas culturales de los estados y los diversos actores sociales que actúan la crisis y en la crisis. Especialmente, atender a los usos de “una cultura de la paz” o “una cultura para el desarrollo” en los cuales se anuncia la pretensión de saldar simbólicamente aquello que no hacen la economía o las instituciones. En ese sentido, una entrada estratégica son las políticas de reconocimiento cultural de los estados y de los movimientos sociales. Por último, aunque no menos importante, preguntarse acerca de las nuevas formaciones o movimientos culturales y contraculturales que surgen en el proceso de crisis, la creatividad popular y las nuevas estéticas. Es decir, aquello que transforma a la cultura en un epicentro de la lucha política, así como en otro plano esa lucha política está hecha de modos de imaginación y acción sedimentadas.

A partir de estos ejes, los miembros del Grupo de Trabajo desarrollamos estudios de caso en Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Uruguay, Brasil, Argentina y Puerto Rico¹. Esos estudios fueron posteriormente distribuidos a los miembros más *senior* del GT, proponiéndoles que desarrollaran reflexiones a partir del proyecto de trabajo del Grupo, buscando, cuando valiera la pena, dialogar con los estudios de caso. Esos textos también fueron distribuidos entre todos los miembros del Grupo a medida que iban llegando. Si cada texto mostraba que se había iniciado un diálogo, cuando nos reunimos en junio de 2003 en Buenos Aires había diversos temas superpuestos sobre los que los miembros del GT estábamos discutiendo.

Esos diálogos previos a la reunión y desarrollados durante la reunión están incorporados en los textos de este libro de maneras diversas, a veces con pequeñas correcciones, otras veces dando origen a textos muy diferentes de los originalmente presentados entonces. En ese sentido, este libro es el resultado de un proyecto y de un diálogo colectivos que pretendieron asumir (no resolver) los desafíos de las preguntas sobre el papel de la cultura en las crisis.

Me gustaría, sin embargo, puntualizar brevemente tres cuestiones debatidas en la reunión que por su carácter vale la pena explicitar en esta introducción. Una cuestión conceptual clave se refiere a lo nacional en el análisis cultural. Hace pocas décadas atrás lo nacional era muchas veces un presupuesto epistemológico invisible en el análisis social. Cuando se hablaba de “estructura social” o de “sistema político” muchas veces se presuponía el carácter nacional de la sociedad, de la política y, por qué no decirlo, de la cultura. Es cierto que estas tendencias convivieron con perspectivas más internacionales, pero lo nacional no era cuestionado como un marco histórico contingente.

En los últimos años, al contrario, la asunción de la contingencia de lo nacional generó una dinámica opuesta que buscaba huir desfavorada de cualquier variante de adjetivar la cultura con la nación. La investigación histórica y antropológica mostró que la nación había sido un proyecto histórico de construcción de hegemonía. Pero esa constatación, en sí misma invalorable, no implicaba que lo nacional —como sedimentos de aquella historia— dejara de ser clave en esas trastiendas de las crisis y de la cotidianidad política. Los textos reunidos en este libro no asumen una perspectiva teóricamente homogénea respecto de lo nacional, pero sí tienen en común que trabajan sobre esa tensión de maneras complejas, considerando a la vez cómo la historia opera sobre las prácticas y cómo las agencias reconstruyen y apelan a las memorias (ver García, Grimson, Martín-Barbero, Mato, Ochoa, Salas).

1 No se incluyen en el libro los estudios de Uruguay y Puerto Rico.

Algo diferente sucede con otro término clave: crisis. La polisemia de “crisis” coadyuva a que usemos y a veces abusemos del término. En varios países de América Latina y en el conjunto del subcontinente resulta común diagnosticar una situación de crisis. Pareciera que las crisis (económicas, políticas, culturales) se abren, pero no se cierran. Como si cada crisis fuera peor que la anterior, en una narrativa que tiene presentes elementos de una concepción teleológica, como si pudiera mantenerse alguna certeza del agravamiento acumulativo hasta el inexorable “fin del sistema”. El riesgo allí es que una expresión de deseos se convierta en diagnóstico. Cuando eso sucede, el diagnóstico irreal deviene otro obstáculo de la realización del deseo.

La crisis se convierte en un término presente en todo diagnóstico y, como dice aquí Ochoa respecto de Colombia, el estado de excepción deviene cotidianidad. Hay países, como la Argentina, donde la crisis se convierte en una clave del propio relato nacional (Neiburg), en una verdadera ideología (Marf). Cuando esto ocurre es necesario asumir “la crisis” como una representación social que merece ser analizada en sí misma. Se trata, como siempre, de distinguir el uso social del uso sociológico de un término. No asumir la descripción de sentido común como un análisis de la realidad, sino como una categorización que merece ser estudiada. Al fin y al cabo, son necesarios algunos procesos sociales y culturales para que la población de un país se refiera a su nación a partir de su constante crisis. O sea, el diagnóstico de crisis puede ser también un objeto de investigación. ¿Qué sentidos de “crisis” circulan entre los actores sociales? ¿Se trata de crisis “económicas”, “políticas”, de “crisis nacionales”? ¿Cómo conceptualizar que la “crisis” sea una representación colectiva del país, de la región?

Para analizar estas representaciones sociales resulta necesario considerar que una definición social de crisis siempre refiere a un cierto imaginario y a una configuración cultural. Es común que los extranjeros visiten un país que se autodefine como “en crisis” y que no puedan entender de qué se trata. Esto ocurrió en varias ciudades latinoamericanas, pero también sucede con latinoamericanos que viajan a Estados Unidos, a Europa o a economías dinámicas de Asia. “¿Y la crisis dónde está?”. Mirada desde fuera la vida social parece seguir su curso, la gente camina y se encuentra en las calles, los negocios pueden estar más o menos llenos, la vida sigue. Por eso, la representación de una situación como de crisis es siempre una definición localizada, inserta en una cierta tradición y ubicada en una línea entre el pasado y el presente. “Recesión” puede ser una forma general de crisis económica, pero un índice determinado de desocupación puede ser una referencia grave en un país y normal en otro. Así, en Venezuela “crisis” puede ser intento de golpe de esta-

do, en Argentina “corralito” o “desocupación”, y en Estados Unidos el atentado del 11 de septiembre. Así, no sólo los hechos son diferentes. Sobre todo son distintas las significaciones sociales de los hechos. Y “crisis” es la explicitación sintética de una trama de significaciones. Especialmente, una síntesis de una relación entre un pasado, real o imaginario, y un presente de análogo estatuto.

Ahora bien, hay otra dimensión que se refiere a cómo definimos “crisis” desde las ciencias sociales. Es sabido que no resulta útil un concepto que se aplica a todas las situaciones.

¿Cuál es el trabajo teórico que esperamos del concepto de crisis? Se puede pensar en que sólo hay crisis cuando hay momentos dominados por la ruptura. Ahora, las crisis económicas tienen características discutibles pero relativamente definidas. Algo similar sucede con las crisis políticas.

¿Cómo definir una crisis sociocultural? ¿Qué tipo de discontinuidades debe haber para que podamos con rigurosidad establecer ese diagnóstico? Sobre esto hay bastante trabajo teórico por realizar y aquí sólo querríamos mencionar ciertos elementos que parecen claros después de la reunión. Una cuestión clave se refiere a ponderar el papel de las percepciones sociales. Las percepciones y definiciones sociales reingresan como “indicador” complejo a considerar en la elaboración del diagnóstico. En economía, una situación de desconfianza generalizada, es decir, una percepción social de una situación como de crisis, puede ser el desencadenante de una situación inmanejable. Justamente, la “pérdida de control” en una dimensión tiene relación con la eficacia acerca de las creencias, de la confianza y de las decisiones de los actores. Al mismo tiempo, hay indicadores relativamente claros acerca de qué es por ejemplo “recesión”.

En el plano sociocultural también podemos distinguir la dimensión de la percepción de la crisis de otros elementos a considerar en el análisis. La “crisis de confianza” o la percepción generalizada de que una creencia compartida devino inviable, o de que en cualquier sentido relevante el mundo ya no es el que era (hay un desgarramiento en el sentido común), todo ello confluye en un punto: el diagnóstico que los propios actores sociales hacen de la situación. Hay otra dimensión en la cual los diagnósticos podrían ser más específicos en el sentido de buscar puntualizar qué tipo de crisis estamos abordando, si es que en algún sentido es efectivamente una crisis. Por ejemplo, una “crisis de representación” es, también, una crisis de confianza. ¿Cómo se establece el grado de confianza? Resulta claro que en la Argentina, en 2001, se abrió una crisis de representación que obviamente había tenido antecedentes relevantes. Esa crisis se tradujo en muchos procesos, entre los

cuales se destacaron procesos de movilización y organización. Hoy las asambleas populares se han desdibujado seriamente y no hay movilizaciones importantes en ese sentido. El debate pasa a otro plano del análisis: de indicadores abiertos y claros se pasa al terreno sinuoso de las interpretaciones acerca de las creencias y voluntades de los electores o ciudadanos. Valdría la pena asumir que el término “crisis de representación” no tiene la misma eficacia conceptual cuando se aplica a hechos tan dispares.

Siempre existe el riesgo del etnocentrismo. Si un diagnóstico de “crisis del relato nacional” se realiza desde el supuesto de que alguna vez las narraciones patrióticas serán lo que fueron en el pasado, si el diagnóstico de “crisis política” se postula comparando con las pasiones que se movilizaban en otras épocas, si el diagnóstico de “crisis cultural” se afirma desde la imaginación de cómo las cosas deberían ser, y muchas otras variantes, no se estarían debatiendo las características de una configuración, sino exclusivamente intentando incidir en ella. Claro está que no se trata sólo de asumir la tarea de interpretar pequeñas parcelas del mundo, sino de asumir que esas interpretaciones son parte de ese mundo y lo transforman en algún sentido. Un problema que hace tiempo conocemos radica en las pretensiones de asepsia. Otro problema muy serio consiste en concebir que las interpretaciones son instrumentales en relación a esa transformación y que, por lo tanto, la calidad del análisis depende de sus efectos. Cuando reina ese pensamiento instrumental, donde el análisis es un medio, los efectos se consideran sólo en el corto plazo, mientras que los efectos del pensamiento social son más extensos y complejos. Valdría la pena más bien retomar la tradición que consideraba que el conocimiento certero era condición -no medio- de la capacidad transformadora.

A esto se refiere García Canclini cuando planta la cuestión de las políticas culturales y el desarrollo en su dimensión nacional y latinoamericana. Complementariamente con este nivel de políticas estatales (que está muy presente también en Ocho y Dagnino, entre otros) se plantea la cuestión de las relaciones entre los intelectuales y los movimientos sociales. Se trata de una antigua y siempre renovada cuestión, sobre la que este libro ofrece una verdadera diversidad de posiciones. Si ningún texto en esta compilación alcanza el pesimismo total de la razón —incluso si sabemos que hay razones para estar advertidos de excesivas ilusiones— tampoco se encontrará la plenitud del optimismo de la voluntad, aún si como es el caso abundan entre los autores el empeño y el fuerte compromiso.

Trabajando en esas tensiones complejas, sin embargo, podrán leerse posiciones divergentes implícita y explícitamente. Hay análisis de los actores (como Catela o Briones), de las acciones (como Vich), de las convergencias

perversas (como Dagnino). Hay diferentes escalas y distancias analíticas, donde muchos de estos análisis son considerados en marcos más abarcativos (como Jelin o Martín-Barbero). Y hay reflexiones que llevaron a diálogos directos entre el texto y los sujetos sobre los cuales se reflexiona, como el caso de Reguillo con los zapatistas, que impulsa a explorar otros diálogos similares. De otra manera, retomando la cuestión de los derechos humanos, las tensiones entre universalismo y particularismo en relación a la cultura y la crisis son abordadas críticamente por Lins Ribeiro.

La cultura en las crisis latinoamericanas puede leerse como un conjunto de aportes empíricos y conceptuales a estos debates. El Grupo de Trabajo pretendió asumir así el desafío de investigar y reflexionar críticamente sobre nación y región, cultura y crisis, intentando dar cuenta de la multiplicidad de las hegemonías que nos atraviesan.

Los textos que se publican aquí fueron el resultado de un año de trabajo sobre un eje temático en diversos países, y del diálogo construido posteriormente. En ese diálogo, en la propia reunión participaron activamente (aunque no hay textos de ellos en este libro) Hugo Achugar, Silvia Alvarez, Eduardo Archetti, Aldo Marchessi, Pablo Semán y Kristi Anne Stolen. A todos y cada uno de ellos, así como a todos los autores incluidos aquí, muchas gracias por sus aportes a este proyecto.